Palabras sagradas

Silvia González

Image not found.

Capítulo 1

Palabras sagradas

Desde muy pequeña las palabras sagradas le provocaron una bella sensación interna, una vislumbre de profundidad espiritual y de sosiego. La idea superior de que ése era su lugar. Monasterio, monje, templo, sacerdote, claustro, oración, copista, santuario y todo lo relacionado con los escritos sobre esos espacios, le sonaban a algo suyo, a algo pleno y satisfactorio. Llegó a confesarle a su madre que quería ser monja para aislarse y no sufrir los crueles embates del mundo. No recuerda que le contestó la madre.

Sin embargo, la iglesia de su pueblo no le agradaba, no respiraba en ella la armonía que su alma y su intuición le reclamaban. Pensó que, quizás, el conocer a las personas y saber de sus miserias, que ocultaban durante las misas con un dejo de hipocresía, la apartaban de la espiritualidad y pureza de sus sueños. Se alejó del catolicismo para conocer otros credos, estudió los libros divinizados, tropezó con sus laberintos insondables y sus orígenes similares. Lo que halló, por fin, fue desilusionante. Ficciones y astucias en los humanos y simple literatura en los textos religiosos. Años después concordaría con Borges cuando manifestó que para él, los textos sacros era fuente de inspiración para la literatura fantástica.

Supo asimismo, que la ficción literaria sí narraba la realidad de los credos: las novelas medievales, *El nombre de la rosa*, *El péndulo de Foucault* de Eco, o los libros más recientes como la *Biblioteca de los muertos* de Glen Cooper, mostraban un devenir entre lo terrenal y lo místico. Se hizo agnóstica y dejó una puerta abierta para mirar desde lejos el tema de la reencarnación. Hizo de la lectura y los libros el centro de su vida, como subrayó hace poco una periodista "...una mudanza perpetua [de] los que buscan un hogar en la página impresa,... [vivir en un] territorio lector." [1] Contó sus experiencias por escrito, concibió relatos y cuentos, a sabiendas de que no poseía el don de escribir con la fluidez y la magia de los buenos autores, pero escribir le hacía bien. Las redes sociales la conectaron con otros lectores insaciables, con otros escritores anónimos y también con otros más conocidos.

El agnosticismo y la reencarnación siguieron allí, alimentados por lecturas varias de Hesse, Maeterlinck, Jung, creadores de novelas, de mitos o de creencias, donde, como en la Cábala, por ejemplo, se sugiere que "Las letras son canales de energía, cada una con su significado especial." Leyendo con atención, concluyó en que las obras literarias tienen una buena dosis de ciencias ocultas,[2] pero humanas, demasiado humanas... Comprendió, entonces, que lo único sagrado eran las palabras y que sólo ellas, 'el Verbo', escondían (¿o revelaban?) la verdad. La satisfacción de

su alma y la tranquilidad de espíritu habían llegado por fin.

Hasta que un día, en una revista española leyó:

“...San Millán de la Cogolla, Patrimonio de la Humanidad, un austero pueblo de 300 habitantes dominado por dos monasterios, el de Yuso y el de Suso, en cuyos claustros se hallaron los primeros documentos escritos en un idioma que empezaba a diferenciarse del latín [...] glosas –las primeras de las cuales datan del año 964- [...] textos en latín a los que un clérigo, copista o estudiante agregó al margen palabras del habla popular para aclarar los términos latinos. Esos términos traducidos fueron convirtiéndose en una lengua romance, el futuro español, que hoy hablan más de 400 millones de personas...”[3]

Súbitamente entendió. Todo estaba ahí: un monje, palabras nuevas en un libro sacro... Percibió, sintió, sin ningún lugar a dudas que, en ese momento crucial del lenguaje, ella había estado allí, en el claustro.

[1] Karina Sainz, periodista de *Zenda*.

[2] *Dios en el laberinto*, de Juan José Sebreli, (2016)

[3] Revista *Donde dice...*, año 2006, número 4.